Las últimas campañas de ultramar

Miguel Alonso Baquer

Arbor CLX, 630 (Junio 1998), 215-236 pp.

«En todas las campañas de ultramar, lo cierto es que no se dieron nunca verdaderas razones objetivas para confiar en una victoria a plazo fijo. Cualquier victoria fue efímera, aún en el caso de no padecer España la influencia de poderes hostiles a la continuidad de una soberanía en particular, la de España en Cuba. Cualquier campaña ultramarina, —si la insurrección había podido estallar y extenderse lo suficiente— estuvo rodeada en sí misma de adversas circunstancias. Hubo que soportar en Cuba y Filipinas, no una guerra localizada y espasmódica, sino una lucha endémica y recurrente que nunca parecía tener fin.

Fue exactamente éste el tipo de guerra que marcó con su sello la relación Fuerzas Armadas-Sociedad española a lo largo del siglo XIX y no el de las guerras clásicas, exteriores o civiles. Muchos españoles (militares o no de condición pero encuadrados todos en Unidades bajo banderas españolas) atendieron sin largas treguas una serie de situaciones de conflicto de manera harto azarosa e insatisfactoria en definitiva. Y lo hicieron porque lo consideraron un deber patriótico. Éste fue el drama de los militares y marinos de guerra directamente afectados por el Desastre del 98».

A lo largo del siglo XIX, las naciones de la vieja Europa repartieron el tiempo de sus fuerzas militares en tres tipos de menesteres: a) la guerra exterior, también llamada internacional, b) la guerra interior, mejor identificada como guerra civil y c) la guerra ultramarina, de-

nominada en múltiples ocasiones guerra colonial. El balance particular de estos cien años de operaciones ha sido para todas ellas notoriamente desigual; pero en definitiva podría resumirse de este modo: de lo que más se presume en cada una de las naciones es del dato de no haber padecido apenas del mal de la guerra civil y de lo que más se alardea es del hecho de haber ganado en alguna, o quizás en todas, de las guerras internacionales.

España, en la conciencia de sus propios historiadores, aparece como una nación desgraciada que soporta guerras civiles sin cuento y que, aislada de Europa, renuncia a participar en sus conflictos de intereses, quizás todo ello por causa de la desidia de sus dirigentes. Muy poca información se nos facilita a los españoles sobre las incidencias de otras campañas cuya suerte fuera adversa para otros ejércitos de Europa. El punto de arribada de la mayoría de los comentarios ha venido a ser éste:

«Los ejércitos que ganan las guerras, —sobre todo las guerras ultramarinas— lo hacen porque tienen en su retaguardia un país emergente y los que las pierden fracasan porque están atravesando una decadencia».

Así de simple ha venido siendo la conclusión que los estudiosos del pretérito transmiten hoy a las jóvenes generaciones. No obstante, en estas reflexiones voy a fijar mi atención en tres puntos que sólo tienen de común la referencia al contenido militar de las últimas campañas de Ultramar sufridas por España hasta llegar a la fecha del Tratado de París en 1898:

Primero. La indudable *relevancia* que para la vida española habían venido teniendo las campañas ultramarinas, por delante de cualquier otro tipo de operaciones militares.

Segundo. La decisiva *importancia* que en la estrategia operativa del Ejército y de la Armada tuvo el contexto internacional de finales del XIX.

Tercero. La *íntima conexión* que se dió en las últimas de las campañas; las de Cuba y Filipinas; entre los discursos políticos, los juegos estratégicos y las acciones tácticas de España, Cuba y los Estados Unidos de América.

1. Relevancia histórica de lo ultramarino

Como acabo de decir, el argumento más frecuentado en los libros, cuando se trata de campañas ultramarinas, ha sido éste:

«Si durante la vigencia de un determinado régimen político se propaga desde Ultramar una atmósfera de guerra civil en la metrópolis y, consiguientemente, el Gobierno parece incapaz de mantener la soberanía en los espacios periféricos, es que la situación se encuentra al borde del colapso. Esa forma de Estado debería ser sustituida por otra forma de Estado que, inicialmente al menos, habrá de manifestarse ajena a las responsabilidades contraídas por el anterior».

Hoy sabemos que este modo de abordar una política de regeneración nacional divide lamentablemente a las bases sociales afectadas en dos partes apenas conciliables: la parte, más bien culpable, que es la que participó en las luchas y la parte, más bien inocente, que es la que acertó a eludir la implicación directa en la toma de decisiones. Sabemos, también, que se trata de una reacción que, en absoluto, ha afectado sólo a los pueblos de España en nuestros tiempos.

Pues bien, en las fechas del centenario del 98, yo pienso que todavía este modo de percibir la relevancia de unas campañas militares para la historia general de un pueblo sigue haciendo daño. Se trata de una injusta simplificación que se hizo demasiado patente en los primeros juicios de responsabilidades por el Desastre. Hoy procede recordar los hechos con otra mentalidad que será la que nos permita reconocer la entidad de los servicios y de los sacrificios al mismo tiempo que la toma de conciencia de los errores y equivocaciones.

En orden a una pretendida objetividad, lo primero que conviene constatar es que a lo largo del siglo XIX —nada se diga de la memoria histórica del siglo XX— las guerras civiles de España ocuparon unos espacios y afectaron a unos tiempos evidentemente menores que las campañas ultramarinas y, desde luego, que las guerras internacionales. Lo más frecuente fue el envío de tropas a Ultramar. Sin embargo, en la mayoría de los textos se da por sentado que la España decimonónica había sido víctima exclusiva de sus guerras civiles. En su consecuencia, las campañas ultramarinas acabaron siendo contempladas también como guerras civiles. Nunca como lo que verdaderamente fueron, unas proyecciones de fuerzas armadas, localizadas en la lejanía geográfica, dentro de un contexto de luchas hegemónicas que, esencialmente, era un contexto internacional.

Sólo en tres ocasiones, muy distanciadas entre sí, a partir de la más que breve guerra de 1801 de España contra Portugal —*la guerra de las naranjas*—, se había formalizado de algún modo una guerra declarada con algún enemigo exterior. Pero, aún siendo así, las verdaderas guerras civiles en la metrópoli fueron menos y ocuparon menores tiempos y espacios, —*primera guerra carlista* (1833-1840) y *última*

guerra carlista (1872-1876)—, que las guerras internacionales abiertas para España en las tres coyunturas que me voy a permitir recordar:

Primera. Guerra de la Independencia, declarada en 1808, —inicialmente por el alcalde de Móstoles— contra el puñado de generales y mariscales de la Francia revolucionaria que había invadido insidiosamente el territorio patrio, hasta verse obligadas a retirarse a finales de 1813.

Segunda. Guerra de Africa en el reinado de Isabel II contra tropas obedientes (o menos obedientes quizás) al Sultán de Marruecos que se movilizaron en una crisis que, de hecho, afectó a la seguridad de la población española asentada en el norte de Africa (1859-1860).

Tercera. Guerra con los Estados Unidos en los últimos años de la Regencia de María Cristina (1898), ahora contra efectivos navales y terrestres y introducidos en el conflicto ultramarino por excelencia, el de la Isla de Cuba.

Pues bien, a pesar de la evidente cortedad de la suma del tiempo de duración de estas tres hostilidades internacionales padecidas por España, sólo en relación con la larga suma de los tiempos transcurridos en guerras ultramarinas, hay que subrayar una nota común para las tres guerras habidas con el enemigo exterior. Ni la relativa victoria española de 1813 sobre Napoleón, lograda en el marco de una alianza con Inglaterra y Portugal, ni el reducido triunfo, ahora en solitario, que llevó a la Paz de Wad. Ras en 1860, ni la seria derrota de 1898, también en soledad, sufrida frente a las expediciones enviadas a Cuba, Filipinas y Puerto Rico en 1898 por el presidente Mac Kinley, han solido servir, —siempre según los libros de historia— para elevar de un modo apreciable el grado íntimo de armonía social que debió derivarse del tipo internacional de guerra, —una guerra en los tres casos exterior— que fue atendido por el Ejército y la Armada y por nuestros soldados y marineros. Lo que, en verdad, ocurrió es que se impuso una interpretación hartamente diferente de aquellas duras experiencias bélicas.

Primero.—Todavía se tiende en la actualidad a subrayar en aquella lucha popular por la independencia (1808-1813) todo lo que pudo haber, —y ciertamente que lo hubo— de íntima contienda ideológica entre españoles afrancesados y patriotas.

Segundo.—Aún se busca la reconsideración de todas las acciones bélicas de España situadas en los límites con Marruecos desde el año 1860 en adelante como una prueba más del militarismo expansionista que, al parecer de los textos, era sólo el empeño de unos pocos españoles que estaban enfrentados con la mayoría de la opinión.

Tercero.—Se pretende ahora el análisis crítico de los datos arrojados por las últimas campañas en Cuba, Filipinas y Puerto Rico del 98, bajo la especie de la existencia previa de una profunda división entre los sectores españolistas a ultranza o autonomistas criollos que resultó fatal para ambos.

Como vemos, todo o casi todo lo que para España desembocó en guerra tiende a ser contado en nuestra memoria histórica como si fuera una guerra civil. La obsesión, quizás más subconsciente que lúcida, por hacer de todos los conflictos armados unas guerras civiles es, sin duda, una de las peculiaridades de nuestros estudios históricos.

En realidad, no puede negarse que todas y cada una de las dolorosas guerras civiles del XIX español fueron debidas a unas causas (o a unas motivaciones) que crecieron en el seno de lo que hoy llamamos Sociedad Civil. Pero lo que engendraron al chocar entre sí las partes fueron unas estructuras militares gravemente renovadas (o incluso nuevas) respecto a las existentes en el momento de arranque de cada conflicto. Nunca dispuso España de una notable continuidad en el seno de sus ejércitos, sino todo lo contrario.

Los ejércitos españoles del siglo XIX carecieron de continuidad social y, consiguientemente, de continuidad ideológica. Y estos profundos cambios en la manera de sentir la realidad, entrañaron dudas sobre los procedimientos más adecuados para la resolución de los conflictos de España. Fueron la expresión sucesiva de los triunfos de unas ideologías de origen civil sobre otras ideologías, también de origen civil.

En 1815, por ejemplo, lucen entorchados de brigadier más de un par de centenares de hombres jóvenes que en mayo de 1808 ni soñaban siquiera en servir un solo día como soldados. En 1840, también por ejemplo, serán promovidos a generales del Ejército otros tantos españoles que en septiembre de 1833 vivían de espaldas a la mera hipótesis de una mínima profesionalización en las filas de los regimientos. Y en 1874 serán ya nuevos oficiales del mismo Ejército varios miles de mozos que en septiembre de 1868 no hubieron querido ser militares de ningún modo. Nótese, como primera conclusión, que ninguna institución militar de nuestro entorno decimonónico efectuó similares operaciones de renovación en sus cuadros de mando permanentes.

Pues bien, si hubo una circunstancia capaz de aportar unidad a los efectivos del Ejército tan drásticamente renovados por causas ideológicas de origen interior, ésta no fue otra que la reiterada apelación a su empleo en campañas de Ultramar.

Pero es que, además, conviene añadir que en términos comparativos y dentro del binomio *guerras civiles-guerras coloniales*, lo más claro de percibir es la parquedad de las primeras en relación con el volumen

de las ultramarinas. Nuestras contadas y limitadas guerras civiles del XIX estuvieron en cuanto guerras abiertas, —no en cuanto endémicas disputas de las fracciones por el libre ejercicio del poder político— notablemente localizadas en el espacio; fueron de reducida duración y resultaron muy moderadas en la cuantía de los efectivos alzados y, consiguientemente, en las cifras de bajas mortales producidas en campaña.

Uno sólo de los conflictos vividos intensamente por otros ejércitos de Europa, —piénsese en la *Guerra de Crimea* o en la *Guerra franco-prusiana*— sumó para más de una nación de la vieja Europa varios miles de muertos en escasas jornadas, es decir, cifras superiores en mucho a la suma de todas las bajas padecidas en las dos únicas verdaderas guerras civiles de España en el pasado siglo. Piénsese que el XIX para Europa fue un siglo relativamente pacífico y caígase en la cuenta de los datos objetivos procedentes de ambas carlistadas. Y es que procede anotar como objetiva la precariedad de los efectivos humanos que pudieron actuar a las órdenes directas, por ejemplo, de Tomás Zumalacárregui y de Ramón Cabrera hacia 1835 en cada encuentro bélico con el ejército de los liberales, mucho más nutrido.

En definitiva, lo más relevante para una correcta y objetiva historia de España en el siglo XIX, (desde una perspectiva tan parcial como lo es la de los conflictos bélicos en sí mismos considerados, que es, aquí y ahora, mi perspectiva) no estuvo de ningún modo en la frecuencia de los disturbios políticos habidos con participación de miembros de las Guardias Reales, de las Milicias Nacionales o de los Regimientos de línea, sino en la muy superior incidencia del fenómeno recurrente de las constantes expediciones lanzadas hacia Ultramar para mantener los restos de nuestra soberanía. Y también estuvo, —sólo momentáneamente— en la notable movilización de soldados que se propició para atender las necesidades en 1859 de la pomposamente denominada Guerra de Africa.

2. El contexto internacional

Durante los mismos años, otras naciones europeas del entorno hispano —Francia, Italia y Alemania— también se vieron en el trance de entregar muchas vidas de soldados de reemplazo lejos de sus fronteras metropolitanas. Fueron bastante elevadas las bajas sufridas por ellas, tanto en guerras planteadas como internacionales como en crisis internas para determinar la naturaleza de sus regímenes políticos. Y

lo fueron —no conviene olvidarlo en 1898 aquí en España— por participar en conflictos que, uno a uno, soportaron mayores dosis de violencia que, por ejemplo, nuestra «vicalvarada» de 1854 y nuestra «gloriosa» de 1868 juntas en una pieza.

Por otra parte, Inglaterra, Bélgica y Holanda, además, fueron naciones que se vieron implicadas durante el siglo XIX en intensas campañas ultramarinas donde no faltaron auténticos desastres. Y es que, ni el caso de la España decimonónica fue en esto de las campañas ultramarinas un caso único, ni sería justo omitir la idea de que, de existir diferencias de suerte, éstas operarían siempre para subrayar una reducción de las cifras absolutas y relativas en cuanto a bajas definitivas de guerra padecidas por españoles.

Yo considero que lo relevante para el correcto entendimiento de nuestra historia militar, —las campañas de Ultramar y no las guerras civiles o internacionales vividas por España— es que aquellas no se ajustan a los simples polos del esquema dual *guerra interna-guerra exterior*.

Las campañas de Ultramar no se conformaron como guerras interestatales, ni tampoco se vivieron como si fueran guerras civiles sobre el propio territorio. Por su peculiar naturaleza, —una naturaleza irrepetible para el español de nuestros días— enfrentaban a un ejército de origen metropolitano, en muy escasa medida profesionalizado, con unas milicias (o guerrillas) de origen local, en ninguna medida profesionales.

Aquel tipo peculiar de lucha armada exhibe, en perjuicio del soldado que viene de más lejos, una falta creciente de simetría cada día más notable. Este ejército de origen metropolitano, —por experimentados en luchar en un escenario tropical que estuvieran sus mandos— tenía que operar necesariamente alejado de sus bases y en todo momento desasistido del recurso al voluntariado emergido de las poblaciones vecinas. ¡No había sido éste el caso de las partes enfrentadas en las dos guerras carlistas, siempre abiertas para la recepción de ayudas por parte del entorno civil inmediato!

En todas las campañas de Ultramar, lo cierto es que no se dieron nunca verdaderas razones objetivas para confiar en una victoria a plazo fijo. Cualquier victoria fue efímera, aún en el caso de no padecer la influencia de poderes hostiles a la continuidad de una soberanía en particular. Cualquier campaña ultramarina, —si la insurrección ha podido estallar y extenderse lo suficiente— estuvo rodeada en sí misma de adversas circunstancias. Hubo que soportar, no una guerra localizada y espasmódica, sino una lucha endémica y recurrente que nunca parecía tener fin.

Fue, exactamente éste, el tipo de guerra que marcó con su sello la relación Fuerzas Armadas-Sociedad española a lo largo del siglo XIX y no el de las guerras clásicas, exteriores o civiles. Muchos españoles (militares o no de condición, pero encuadrados todos en Unidades con banderas españolas) atendieron sin largas treguas una serie de situaciones de conflicto de manera harto azarosa e insatisfactoria en definitiva. Y lo hicieron porque lo consideraron un deber patriótico.

Para hacerlo ver así, bueno será ofrecer resumida la serie de estas situaciones y de este modo deducir de ellas la transcendencia del fenómeno social consiguiente.

I. Las largas *Guerras de Emancipación* de los virreinos del antiguo Imperio hispano de las Indias, que podemos vincular a la irrupción en las filas del Ejército español del fenómeno socio-político que llamamos los «ayacuchos».

II. La cruel *Guerra de Anexión de Santo Domingo*, causada por la sorprendente solicitud de retorno a la fidelidad de los designios de la Corona de España por parte de la República Dominicana, seguramente impresionada por los males de Haití.

III. La frustrada *Expedición a Méjico*, encabezada por el General Prim, en apoyo internacional al Emperador Maximiliano I.

IV. La *Intervención en Conchinchina*, dentro de una extraña situación, coordinada con los intereses de Francia en el Océano Pacífico, que venía a complicar el desenlace de las constantes agresiones de la piratería aborígen en los archipiélagos españoles, apenas hispanizados más allá de los alrededores de Manila en Filipinas.

V. El *Contencioso de las Islas Carolinas* en el marco de una crisis internacional agigantada por las pretensiones aparentemente comerciales del canciller alemán Bismarck.

VI. La larga *Guerra cubana de los Diez Años*, a su vez preámbulo de una tensión creciente en la que acabaron interesándose los Estados Unidos de América y desinteresándose los Estados de Europa.

VII. La *Guerra Chica* de 1879, también en Cuba, que desveló de una vez por todas la irresistible insistencia de una parte de la población afrocubana en el propósito independentista.

VIII. La final y decisiva *Guerra de Cuba y de Filipinas*, abierta con el Grito de Baire (1895) y multiplicada por los ecos de la explosión del Maine (1898) hasta llevar al Ejército y a la Armada a una doble confrontación con los Estados Unidos.

IX. Las endémicas *luchas en el área filipina*, reproducidas a lo largo de la última década del siglo (1888-1898) y finalmente sumergidas en el conflicto hispano-norteamericano.

Lo decisivo del prolongado trance de combates en Ultramar, insisto en que estuvo en una tentación de desvío de la atención desde lo verdaderamente dado, —unas campañas lejanas en ambiente hostil— a lo meramente incoado, —unos cambios políticos en la metrópoli a cuenta del balance de aquellos combates. Lo que resulta digno de ser puesto de relieve para la memoria histórica de las gentes de España —recuérdese lo ocurrido con el gesto del almirante D. Casto Méndez Núñez delante de las fortificaciones del puerto de El Callao— ocurrió en Ultramar. Y ello tanto en número de años de guerras efectivas como en cifras de bajas y en la cuantía de los sufrimientos que dejaron verdaderas secuelas.

Nada similar en importancia se produjo con ocasión de las dos guerras carlistas de sucesión, ni tampoco con la dolorosísima cuestión del federalismo cantonal, resuelta a viva fuerza entre 1873 y 1874. No hubo transcendencia alguna para las bases sociales de España con ocasión de la breve afluencia de soldados españoles a las inmediaciones del refugio del Papa en Gaeta, amenazado por los garibaldinos. Ni llegó a parecidos extremos lo sucedido en los embarques de tropa para Ceuta en 1859 y para Melilla en 1893.

Objetivamente hablando hoy estamos en condiciones de comprender que apenas tuvieron substancia militar las circunstancias de los consejos de guerra sumarísimos que habitualmente se seguían de unos pronunciamientos políticos casi siempre fracasados a las pocas horas de producirse. Porque los pronunciamientos militares del Siglo XIX sólo fueron excepcionalmente válidos en muy contadas ocasiones para propiciar cambios políticos dentro de la élite del poder, (caso de Riego en 1820, de O'Donnell en 1854, de Prim en 1868 y de Pavía o Martínez Campos en 1874).

Lo decisivo en la relación básica Fuerzas Armadas-Sociedad Española, —hubiera o no conciencia de ello— fue la persistencia de las inestabilidades en Ultramar. Esta persistencia de la conflictividad logró, inexorablemente, que el pueblo español asociara de una vez por todas cada anuncio de crisis ultramarina con las órdenes de embarque de varios miles de soldados. Y éste —justo es recordarlo— terminó siendo el problema fundamental también para la estabilidad de los Gobiernos de Madrid cara al siglo XX.

Lo cierto fue que durante todo el siglo XIX ningún sector social con capacidad para influir en la toma de decisiones (cualquiera que fuera su signo) se aprestó a la renuncia de la soberanía de España en Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Hubo, eso sí, propuestas a favor del avance de la autonomía administrativa, pero eran en todos los

casos, también en los casos de Rafael María de Labra o de Francisco Pí y Margall, unas propuestas que nunca ocultaban lo que tenían de arriesgadas para la paz social y que tampoco prescindían del argumento que consideraron definitivo: la autonomía plena era, nada más y nada menos, que el modo más inteligente de garantizar la españolidad de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. No el camino para perderla.

Cuando los gobernantes del turno Cánovas y Sagasta, proclamaron al unísono la voluntad firme de empeñar hasta la última peseta y de derramar hasta la última gota de sangre en los años previos al llamado Desastre no hacían otra cosa que recoger un sentimiento compartido por el Ejército y por el Pueblo. El correlato lógico de una actitud política tan generalizada tenía que ser que una fracción de las gentes de España, (aquella que se veía inmersa en las normas de reclutamiento) se terminaba poniendo, (patrióticamente por cierto) a las órdenes de un cuadro profesional de mandos con experiencias bélicas ultramarinas en la esperanza de que, tarde o temprano, las insurrecciones habidas serían dominadas. El trauma había de llegar cuando se perdió de súbito esta esperanza. Tal ha sido el significado de la voladura del Maine, que fue entendido como el pretexto internacional que desvelaba una intencionalidad en concreto: la de Estados Unidos respecto a la expulsión de España de los espacios ultramarinos.

Lo grave fue que los antecedentes próximos a la fecha fatídica de 1898 inducían a engaño. Quienes al frente de las unidades militares habían satisfecho en ocasiones anteriores la pretensión histórica de seguir presentes en la Perla del Caribe (Cuba), en Puerto Rico y desde luego en el Pacífico, se habían visto recompensados con el afecto de los españoles de la metrópoli. Incluso las lejanas víctimas del principal retroceso, —el de los años veinte, es decir, el de los «ayacuchos»— habían sido acogidas por la sociedad hispana como personalidades cargadas de experiencia para aquel tipo de operaciones de guerra irregular. Fueron precisamente los generales «ayacuchos» las figuras mejor acogidas para la administración del Estado liberal en las etapas calificadas de progresistas. Ésta, y no otra, era la atmósfera que envolvía a los españoles cuando estalló lo que sería la última campaña de Ultramar. Porque fueron también los generales victoriosos en la Guerra de los Diez Años (1868-1878) quienes protagonizaron los homenajes públicos al Ejército durante los primeros tiempos de la Restauración con la narración de sus servicios de campaña.

3. Discurso político, juego estratégico y acción táctica

La Paz de Zanjón, que puso fin en 1878 a las hostilidades de la «guerra larga» en Cuba, merced a las gestiones políticas del Capitán General en La Habana, general Jovellar, y a las decisiones militares del general en jefe del ejército de operaciones, Martínez Campos, no hizo concebir grandes esperanzas para la definitiva resolución del conflicto. Otros dos generales, Blanco y Polavieja, antes de que transcurriera un año habían cruzado cartas desde sus respectivas sedes de mando, (La Habana y Santiago de Cuba) donde proponían, lúcidamente por cierto, un plan de autonomía que culminara con la independencia, siempre dejando a salvo la continuidad de las relaciones comerciales y la presencia de la cultura española en las Antillas.

Tanto en Cuba como en Filipinas, —y en menor grado en Puerto Rico— era fácil percibir un estado latente de insurrección. El hecho de que el propio Polavieja en Cuba, durante la «guerra chica» de 1880 y el general Terrero en Filipinas (1885), logaran dominar en poco tiempo la revuelta de Antonio Maceo y la de los «moros juramentados», respectivamente, tranquilizó en demasía a la clase política de la metrópoli, que siguió confiando en la eficacia de nuestras unidades.

En ambos escenarios ultramarinos se consideró suficiente una reducida presencia militar: menos de 14.000 hombres en Cuba y apenas 5.000 de condición española en Filipinas. Y es que se confiaba en la convocatoria de Voluntarios, (que podían llegar a ser hasta 35.000 en Cuba) y en el encuadramiento de aborígenes tagalos, en concepto de unidades auxiliares, (en algo menor cuantía) para estar en condiciones de reprimir los levantamientos.

Las reformas militares que siguieron en la Corte a la prematura muerte de Alfonso XII en 1885 no se polarizaron hacia la defensa de Ultramar. La política militar de la Regencia —concretamente la gestión del ministro de la guerra, general Cassola— era del todo europeísta en 1887. Sólo en alguna medida se orientaba hacia la participación de España en el reparto colonial de África. Fundamentalmente carecía de impulsos modernizadores del potencial de guerra. Buscaba la estabilidad en la propiedad de los empleos militares y la enmienda de los abusos en la prestación del servicio militar, entonces universal y obligatorio sólo sobre el papel. En absoluto se fomentaba en los cuadros de mando ni en las clases de tropa una especialización para el combate en Ultramar. Ni Cánovas ni Sagasta se proponían otra cosa para España que la definitiva eliminación del «pretorianismo», es decir, de la ten-

dencia a encomendar los cambios internos de política a la presión de la élite militar:

El «Grito de Baire» (24 de febrero de 1895), fue contestado en Madrid por Cánovas en línea con una actitud previamente anunciada: gastar hasta el último peso y derramar hasta la última gota de sangre en aras de la continuidad de la soberanía española.

Tres sucesivos nombramientos para el ejercicio del mando en La Habana, a favor de los generales Martínez Campos, Valeriano Weyler y Blanco, marcarán el ritmo de tres actitudes distintas: la primera, pacificadora desde la mera demostración de la fuerza; la segunda enérgicamente belicista y la tercera, unilateralmente conciliadora.

Esta tercera actitud, tras el asesinato de Cánovas, es la que se vería gravemente afectada por la declaración formal de guerra por parte de los Estados Unidos. Fue la consecuencia fatal de la voladura del Maine. En las Islas Filipinas otros tantos nombramientos a favor de los generales Blanco, Polavieja, Primo de Rivera y Agustí reflejaron idéntico juego de actitudes pero sin generar allá análogo envío de una masa de unidades febrilmente reclutada en la metrópoli. La hipótesis de una intervención directa de los Estados Unidos contra los intereses de España en el Pacífico, estaba más descartada aún que en el Caribe.

En los dos escenarios bélicos de Ultramar España resultó, en lo internacional, aislada, es decir, reducida a sus propias fuerzas frente a lo que en la metrópoli se quería ver como meras insurrecciones de fragmentos de la población apenas hispanizada. Nunca se había querido ver el problema como una cuestión internacional. Y hay que constatar que se llegó a confiar, al menos durante los años 1896 y 1897, en que el impresionante esfuerzo militar nos daría algunas oportunidades para negociar las dos autonomías con relativa serenidad.

La mayor dificultad venía, tanto en Cuba como en Filipinas, de los problemas sanitarios. No se fracasó absolutamente en la lucha contra las enfermedades tropicales. Las hospitalizaciones a tiempo corrigieron las cifras de soldados fallecidos. En lo que se fracasó fue en la lucha contra un verdadero movimiento guerrillero atendido desde un punto de partida ingenuamente equivocado. La masiva recluta de jóvenes españoles y su inmediato embarque para Ultramar, sin el adecuado período de instrucción de esos admirables mozos, no permitían forjar unidades de combate debidamente especializadas para la guerra de guerrillas.

Resulta doloroso constatar que, por una parte, abundaron acciones heroicas y resignadas y que por otra parte, no se produjeron cifras

notables de desertores entre nuestros soldados. Pero ello no condujo a la victoria. Resulta triste observar que la calidad de los jóvenes oficiales, recién formados a partir de la Academia General Militar del Alcázar de Toledo, apenas sirvió para otra cosa que para ir incrementando, eso sí, día tras día, el espacio dominado por España. Porque la resolución última del conflicto, lejos de cumplirse en el plazo de dos años marcado por Weyler, se venía a finales de 1897 demorando, sin que nada pareciera capaz de remediar la persistencia de los combates.

La incorporación de los Estados Unidos a la lucha armada derrumbó en pocas semanas nuestra moral de combate en tierra, no tanto porque los efectivos norteamericanos desembarcados tuvieran superior calidad o competencia —ya que en absoluto disfrutaban de ambas notas— sino por cuanto se había debilitado la confianza de los mandos en la victoria meses antes de que ocurrieran los hechos decisivos en mar y en tierra.

El soldado español, en definitiva, percibió en 1898 una trágica diferencia entre el discurso patriótico con el que se acompañó los acelerados procesos de movilización, embarque y despliegue en los bosques tropicales de más de doscientos mil soldados y el discurso abnegado con el que se les explicó a los más de cien mil repatriados la envergadura del «Desastre» en la hora de su retorno a España.

Lo correcto hubiera sido —y en una notable medida así ocurrió— tomar conciencia de los daños materiales y morales y aprestarse para la regeneración en el territorio patrio de la moral pública. Pero lo inmediato fue una general negativa a compartir las responsabilidades del «Desastre». Esta negativa se materializó tanto en el arco de las posturas de los Partidos políticos como en el juego de opiniones de las figuras del Ejército. Y es que circunscribir en *el otro* la responsabilidad sin aceptar en *uno mismo* la acción o la omisión equivocada es, en todos los casos, un obstáculo adicional para la enmienda de los errores históricos.

4. CUBA, 1898. Esquema general de la guerra

En todo conflicto armado de cierta envergadura se dan por cada uno de los lados en lucha un *discurso político* (que abre un juego estratégico) y un *juego estratégico* (que fija los límites de una *acción táctica* para las fuerzas de presencia). Esto es lo que ocurrió también en la compleja situación de la Isla de Cuba precisamente en el año

98, el año de las mayores complicaciones operativas una vez agigantadas por causa de la intervención norteamericana.

Aunque nos concentremos sobre todo en la campaña cubana de 1898, yo pienso que conviene partir de alguna consideración previa. Las cuatro campañas anuales de lo que será nuestra última guerra ultramarina tuvieron un denominador común que nos sitúa por encima de los aciertos y de los errores en la conducción de las operaciones. Este denominador se resume en estos cuatro puntos:

I. La última guerra de Cuba se venía librando desde 1895 en un contexto internacional progresivamente adverso para España tanto respecto a la actitud apaciguadora de Martínez Campos (1895), como para la política belicosa de Valeriano Weyler (1896-1897), como finalmente para la diplomacia de Blanco y Erenas (1898).

II. La última guerra de Cuba, —tripartita desde su comienzo, es decir, con Cuba, España y Estados Unidos formando un triángulo de pretensiones en conflicto— exigía una difícil explicación para su comprensión desde España que tenía que ir mucho más allá de la cualificación tradicional de una insurrección armada brotada en el seno de la población más pobre y desgraciada.

III. La última guerra de Cuba, —no obstante su comprensión como verdadera cuestión internacional— seguía permitiendo, (al menos durante lo que fueron sus dos campañas centrales, las de Weyler) por una parte una clara definición estratégica de las operaciones contra las partidas insurrectas y por otra una borrosa definición estratégica frente a las verdaderas intenciones de los Estados Unidos.

IV. La última guerra de Cuba, —únicamente para la función didáctica de extraer debidamente unas enseñanzas tácticas— podría a la larga resultar, cualquiera que fuera su desenlace político, instructiva para el futuro de las unidades ligeras del Ejército Español, siempre que sus analistas de condición militar acertaran a disponer de una correcta comprensión de los combates tomados dos a dos, es decir, partida contra partida y columna contra columna.

Lo primero que hay que hacer para explicar correctamente la naturaleza internacional del conflicto cubano en su integridad es mantener como telón de fondo la evidente analogía del fenómeno político ultramarino con otros acontecimientos similares de las misma etapa de la historia universal que también terminaron en desastre militar o en cesión forzada de derechos por parte de otras potencias europeas. Es lo que quedó demostrado de una vez por todas en la genial y certera conferencia *«El 98, acontecimiento internacional»*, que Jesús Pabón y Suárez de Urbina pronunció en 1952 en la Escuela Diplomática.

También el libro en dos tomos del historiador norteamericano Philips S. Foner, *La Guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano* (publicado en 1972), nos vale para cumplir el empeño. Foner no desarrolló apenas el aspecto internacional, pero en definitiva, deja ver con claridad que el problema básico, la respuesta a la pregunta, ¡Después de España! ¿Qué? tenía una respuesta americana bastante anterior al Grito de Baire del 95, que era la antítesis de la respuesta cubana a la misma pregunta:

«Si alguna vez cesa de ser española, Cuba tiene que ser americana y no caer bajo cualquier dominación europea».

Es lo que había dejado escrito el 1 de diciembre de 1881 el Secretario de Estado de la Unión, James G. Blaine. Pero también el resto del mundo civilizado tenía preparadas otras respuestas en el fondo análogas a la norteamericana. Para muchas potencias de Europa, después del débil colonialismo de las potencias decadentes debía venir el fuerte colonialismo de las potencias emergentes. Nunca la plena independencia de una población retrasada como se entendía era la de Cuba.

La última guerra de Cuba ya desde 1890 estaba inscrita en el sentido predominante en las mentalidades que presidían a finales del siglo XIX la diplomacia internacional. Era el mismo sentido que presidió las sesiones de la Conferencia de Berlín diez años antes (1885) para dar lugar al llamado «reparto de África». Disminuía aceleradamente, —sobre todo a juicio del geopolítico norteamericano que culminó su modo de pensar en la obra *Influencia del poder naval en la historia* (1890), Alfred T. Mahan— el número de países cuyo derecho a tener posesiones en Ultramar siguiera vigente. Era, pues, una tarea urgente determinar cuales eran las potencias emergentes y con capacidad para relevar a aquellas otras ya históricamente cansadas del ejercicio de sus tradicionales empeños civilizadores.

En este contexto internacional, selectivo de potencialidades, para España —al igual que décadas más tarde para Portugal o Italia— no quedaba otro modo de resolver sus problemas en Cuba, Filipinas y Puerto Rico que precipitar una oportuna negociación en posición de relativa fuerza, tras un éxito temporal contra los insurrectos. Una negociación que, a su vez, permitiera la generosidad de la independencia mediante un pacto.

Fue, —o mejor, había sido— ésta la actitud de más de uno de los generales españoles con experiencia ultramarina, en particular la que se comunicaron en 1879 el Gobernador de Santiago de Cuba, Po-

lavieja y el Capitán General de La Habana, Blanco y Erenas. Pero ninguna fuerza política metropolitana recibió el mensaje en Madrid.

En lo que a los Estados Unidos de América se refiere, la posición inicial del Presidente Mac Kinley, todavía análoga en 1897 a la de su antecesor Cleveland (quizás por guardar las formas de los principios morales del puritanismo) se atuvo al mismo esquema liberalizador en espera de acontecimientos. Pero ya desde antes del año crítico (1895) el oportunismo audaz de Theodor Roosevelt, futuro vicepresidente de la última administración Mac Kinley, impuso su propia dinámica. Respaldado eficazmente por la prensa, convirtió a la guerra abierta de Cuba en ocasión única para ofrecer a la historia de su país una victoria militar.

Tal era también el transfondo de la importante y lúcida conferencia pronunciada por José María Jover Zamora el 18 de enero de 1978 en Madrid, *Teoría y práctica de la redistribución colonial*.⁴ La creciente envergadura del problema militar de España en Ultramar había sido desde 1895 elevada al plano donde los hechos de armas adquirían un nuevo sentido: se trataba, descaradamente por cierto, de propiciar un cambio histórico en el mapa del mundo donde privaría una mentalidad esencialmente tomada de las teorías de Darwin, es decir, a favor de la selección de las especies, concretamente, a favor de las especies políticas llamadas grandes potencias.

Y así será posible descubrir tres discursos políticos unilaterales como datos imprescindibles para obtener la definición del tipo de guerra (o de conflicto bélico) verdaderamente dado en Cuba: el discurso español, el discurso cubano y el discurso norteamericano.

5. Tres discursos políticos

En la realidad que envolvía las operaciones militares a cargo del Capitán General de Cuba habían tenido lugar hasta cuatro saltos cualitativos, antes del año fatídico 1898.

a) *El salto cultural*. La previsible derrota de España evidenciaría la validez de la mentalidad evolutiva puesta de relieve por el imperante darwinismo social al ser llevado al plano de las relaciones internacionales.

b) *El salto político*. Era legítima la resistencia al poder establecido y por lo tanto parecía pertinente la teoría polemológica, es decir, engendradora de estados de guerra, que se esgrimiera desde las bases

sociales, siempre que fuera demográficamente válida en número de gente alzada.

c) *El salto estratégico*. Había quedado obsoleta la estrategia directa que buscaba la resolución del conflicto a través del combate en campo abierto y se había generalizado la estrategia indirecta, mucho más insidiosa y compleja en la fijación de objetivos no militares.

c) *El salto táctico*. Eran lícitos todos los recursos útiles para dañar al enemigo de modo irregular y eran despreciables los principios y los procedimientos de la guerra regular.

Sobre este escenario general es donde tienen sentido los tres discursos políticos, el español, el cubano y el norteamericano.

a) *Discurso español*

La justificación de la réplica a la insurrección se venía haciendo en España en función de la antigüedad de su presencia en América y en Oceanía y particularmente en Cuba, ya desde los primeros días del descubrimiento. Tanto para la opinión pública española como para los partidos políticos del turno constitucional y también para los ejércitos (o para la armada) no podía tratarse sino de la victoria en una guerra prolongada de secesión o de emancipación. El mayor riesgo para este discurso provenía de la indeseable internacionalización del conflicto. De aquí que dentro de él fuera impensable cualquier gesto de provocación contra los Estados Unidos. Por lo tanto, a sabiendas de ello, el sector norteamericano más interesado por el incremento de la conflictividad, que era el encabezado por la figura ascendente de Theodoro Roosevelt, se vio forzado a abrir una campaña probelicista muy intensa, digna de figurar en los anales del más contundente periodismo militante. Las cadenas de prensa Pulitzer (New York World), Benet (New York Herald) y Hearts (Journal) rivalizan en una campaña, que desde 1896 se quedará polarizada contra un Weyler diabolizado.

b) *Discurso cubano*

La justificación de la insurrección contra las autoridades españolas se había basado inicialmente en el retraso de las reformas de tono autonomista. Política y socialmente la insurrección recibía, además, impulsos de las vigentes situaciones de independencia y del relativo desarrollo de las demás naciones del continente americano. Pero la

existencia de una importante fracción de hispano-cubanos, muy decidida a mantener su vínculo con España, le daba al conflicto una calificación neta de guerra civil de liberación, es decir, de lucha por la independencia de Cuba en el seno de aquella sociedad tan poco vertebrada.

c) **Discurso norteamericano**

La justificación de la intervención, naturalmente en apoyo de la insurrección armada, se hizo, en principio —hacia 1895— como una oferta desinteresada en apoyo de las libertades de una población oprimida o sin el disfrute del pleno uso de derechos sociales. Pero, muy pronto, pasaron al primer plano de la propaganda yanqui las ventajas (para los propios hispano cubanos) del establecimiento de una administración más eficiente y de una comercialización más beneficiosa con los Estados Unidos, que se seguiría de la expulsión de España. Había, pues, que forzar las cosas hasta el punto que permitiera a Norteamérica librar contra el Ejército, —y contra la Armada— de España una guerra limitada de intervención, fecunda en resultados económicos... y, a la larga, políticos.

Los tres discursos, —unilaterales los tres— se dieron de hecho en la conciencia de los protagonistas. Perviven en la mente de los historiadores. Pero resulta obvio que cuando lo que se indaga es la potencia de las impulsiones generadoras de una guerra declarada —según el método de Gaston Bouthoul— se descubre que lo primario —la voluntad belicista de un sector de los Estados Unidos— se fue imponiendo sobre lo secundario, la cautela española por calmar al Presidente McKinley. Y que este doble juego encontró, en los sectores tanto cubanos en rebeldía como americanos en espera, una creciente aceptación de la hipótesis de que habría una réplica militar norteamericana tal que no podría ser contrarrestada ni por Cánovas en 1896, ni por Sagasta en 1898, dado el aislamiento internacional que, por entonces padecía España.

Se llegó, pues, paso a paso, desde una insurrección de la población menos favorecida a una guerra internacional formalizada, de objetivo limitado, en la que los intereses de España no podían, de hecho, ser apoyados por ninguna otra potencia. Los Estados Unidos, —también de hecho—, no necesitaban empeñarse a fondo para liquidar a su favor la contienda.

6. Tres Juegos estratégicos

Para la definición del modelo estratégico elegido por el Gobierno de España para la resolución del complejo conflicto conviene partir de la observación del sentido de las operaciones, —según el método aconsejado por Beaufre—, que fueron sucesivamente ordenadas por Martínez Campos, por Weyler y en 1898 por Blanco. En este plano de análisis hay que distinguir, no tres discursos políticos sino tres visiones estratégicas, más o menos directas (Weyler), indirectas (Blanco) o ambiguas al principio (Martínez Campos).

a) *Visión española*

Martínez Campos, desde su llegada a la Isla, había buscado inútilmente un pacto con los rebeldes merced a un máximo de concesiones de autonomía. Weyler, al contrario, había planificado, ya desde España, una metódica ofensiva estratégica de cerco a cargo de las columnas recién llegadas a la Isla del ejército español. Blanco, finalmente, interrumpió el plan de Weyler y convirtió a las operaciones contra la insurrección en una defensa exclusiva de objetivos vitales para la supervivencia de la soberanía española, en espera de acontecimientos de carácter político.

b) *Visión cubana*

La insurrección, —y otro tanto puede decirse o afirmarse del estilo de la rebelión de Aguinaldo en Filipinas— se atuvo en todo momento al estilo irregular de una guerra de guerrillas. Pero a partir de 1898, el esfuerzo de las partidas cubanas se hubo de orientar, lejos del ideal totalizador de Antonio Maceo, hacia el dominio de sólo una de las dos puertas (La Habana y Santiago) de acceso del apoyo norteamericano en hombres y en material, concretamente la del entorno de Santiago de Cuba. Con ello la rebeldía cubana transfería a los Estados Unidos de América, la verdadera conducción de las operaciones militares y les entregaba algo más que una estrategia, les otorgaba el derecho a fijar la finalidad política de la lucha armada.

c) *Visión norteamericana*

El estilo clásico de las expediciones punitivas se impuso una vez más en el corazón de la orgánica militar norteamericana. La conve-

niencia de afluir al teatro de operaciones por la zona más fácil, —hacia el contorno de Santiago de Cuba— brindó la posibilidad de elección de una estrategia de aproximación indirecta que, naturalmente, —me refiero a 1898— inmovilizó aún más que lo querido por Blanco a las tropas españolas de mar y tierra sobre la defensa de objetivos vitales, es decir, sobre los puertos de mar y las plazas fortificadas de su proximidad.

La victoria norteamericana sobre España, —algo que podía pronosticarse— no se debería pues, a la ocupación del territorio, —sino a la eliminación de las escuadras españolas en el Caribe— y antes en el Pacífico. Estos hechos más bien periféricos cerraron de súbito para los españoles que combatían en tierra la perspectiva en la que estaban implicados desde 1895, una lucha prolongada contra movimientos secesionistas internos que se agitaban al amparo de la «manigua».

La mera posibilidad (desde luego al alcance de los efectivos terrestres españoles de Cuba, —y en su caso de Filipinas—) de infligir notables pérdidas a las inexpertas expediciones americanas del primer desembarco de Siboney, vendiendo cara cada una de sus derrotas parciales en tierra, dejaba de ser racional para España al tiempo que, para la población hispano-cubana, la idea de seguir luchando nada les resolvía ya en términos económicos. Para el Gobierno de Madrid el hecho de combatir nada les prometía respecto al desenlace político final. En su estrategia ya no cabía otra pregunta que ésta: ¡Después de España! ¿Qué?

7. Tres acciones tácticas

Las tres acciones de contenido táctico u operativo en las que llegaría a formalizarse la confrontación dual hispano-norteamericana, —combate naval en Manila, combate naval en Santiago de Cuba y combate terrestre en su entorno—, rompieron definitivamente la continuidad de los anteriores modos de operar también duales que se venían empleando en la lucha contra la insurrección. De una situación táctica asimétrica —ejército español contra partidas cubanas— se pasó a otra teóricamente simétrica dos ejércitos o dos flotas frente a frente, la de los Estados Unidos frente a los de España.

a) *Acción española*

Las acciones tácticas se habían, pues, transformado del todo en 1898 (enero) respecto a las de 1895 (febrero). La actividad de los in-

surrectos, —presión destructiva desde oriente hacia occidente— quedó sustituida en 1898 (abril) por la presión disuasoria de los Estados Unidos contra los puertos marítimos. La organización estática de la defensa hispana de objetivos vitales que en principio, había sido utilizada por Blanco para la derrota eventual en campo abierto de las expediciones enemigas más audaces (si es que desde aquellas posiciones fijas podían destacarse columnas), renunció a las salidas. Todo eso quedó alterado por la entrada en guerra de los Estados Unidos. Las guarniciones españolas se olvidaron de las partidas cubanas y se aprestaron a la lucha contra las tropas americanas desembarcadas en la zona suro-oriental de la Isla.

b) *Acción cubana*

La organización dinámica del ataque cubano a las comunicaciones que habían sido trazadas entre los reductos vitales para la dominación española, pasó en 1898 a constituirse en mera estructura de apoyo a la expedición norteamericana en la medida en que ésta tuvo la audacia de adentrarse por tierra. Para los rebeldes cubanos ello supuso una notable pérdida de iniciativa y un retroceso de la perspectiva independentista que animaba en 1895 la insurrección. El movimiento guerrillero de los cubanos se convirtió en tropa auxiliar de las columnas americanas, desde luego a disgusto. Lo que se preparó fue una especie de protectorado yanqui a favor de los intereses de la población hispano-cubana que se había separado, precisamente en 1898, de la soberanía española. No una plena independencia a las órdenes de los cabecillas de las partidas cubanas insurrectas.

c) **Acción norteamericana**

La organización, también dinámica a su modo, de la fuerza expedicionaria de desembarco se vinculó, desde la primera hora, en su orgánica operativa a la necesidad de disponer lo antes posible del control de las comunicaciones por mar con los puertos de partida en La Florida. El éxito en julio de 1898 de la acción directa de la Escuadra americana contra la Armada del Almirante Cervera, con la convergente sorpresa del desembarco en Guantánamo, inclinó a una táctica ofensiva de ruptura de las líneas de defensa en tierra, que estuvo ayuna de espíritu maniobrero. Esta circunstancia, que entrañaba riesgos inne-

cesarios para la expedición, fue compensada con la inevitable desmoralización que produjo en el interior de Santiago de Cuba la destrucción de la escuadra española. En definitiva, lo que funcionó, —siempre a disgusto de los miembros de las partidas cubanas— fue una transferencia desde la administración española a los mandos norteamericanos y, algo más tarde, desde éstos a las minorías hispano-cubanos con más intereses que defender, que no eran precisamente las animadoras de la insurrección en 1895.

En la reflexión de los militares españoles persistirá la idea de que lo que había faltado en los últimos combates era espíritu ofensivo, y también, la preparación logística para la realización de estos ataques. Psicológicamente se condenará, —siempre según los testimonios de autores de condición militar— a los mandos que habían confiado en la fortaleza de la defensiva y se enaltecerá a los héroes, que —contra toda esperanza— se lanzaron fuera de las posiciones y les crearon, primero a los cubanos y luego a los norteamericanos, situaciones de crisis. Pero estas interpretaciones de estilo regeneracionista apenas nos ayudan al análisis de las operaciones militares en cuanto correctas o equivocadas. Expresan una psicología. La decisión final fue abandonista, simplemente, porque, declarada la situación de guerra contra los Estados Unidos, ya carecía de sentido confiar en un futuro cubano todavía bajo la soberanía española.